

vida — respondió Sigognac — con tanta y mayor vehemencia que jamás hombre alguno dijo amado á una mujer sobre la tierra, en la que anda es perfecto sino Isabel.

— En este caso, señor capitán de milicias, pronto gobernador de provincia, mandad enviar vuestro caballo y venid conmigo á Valloirouse á fin de poder presentaros oficialmente al príncipe mi padre y á la condesa de Lincel. Mi hermana Isabel ha recusado por esposo al caballero de Vidaine y al marqués de l'Estang, ambos apuestos y bizarros; pero creo que sin hacerse mucho de rogar aceptará al baron de Sigognac.

El día siguiente al de hoy y el día de mañana una multitud de gente vino á ver el espectáculo.

DECLARACION DE AMOR DE CHIQUITA

— Sin embargo de señalar todavía una hora muy temprana el reloj de las Casas Consistoriales, la plaza de la Grève (1) estaba llena de bote en bote. Los altos tejados de las casas dibujaban su oscura masa sobre las plumizas nubes que cubrían el espacio, y envolvían en la sombra que proyectaban hasta el centro de la plaza, un armatoste siniestro, de color rojo sanguinolento, que sobresalía uno ó dos piés por encima de las cabezas de la multitud. En las ventanas de las casas aparecían de cuando en cuando algunas cabezas que se retiraban al ver que aun no se había dado comienzo al espectáculo; contando las crónicas que una anciana mostró su apergaminado semblante en una bohardilla de la torre situada en uno de los rincones de la plaza de donde es fama que la rei-

CAPÍTULO XX.

DECLARACION DE AMOR DE CHIQUITA.

— Sin embargo de señalar todavía una hora muy temprana el reloj de las Casas Consistoriales, la plaza de la Grève (1) estaba llena de bote en bote. Los altos tejados de las casas dibujaban su oscura masa sobre las plumizas nubes que cubrían el espacio, y envolvían en la sombra que proyectaban hasta el centro de la plaza, un armatoste siniestro, de color rojo sanguinolento, que sobresalía uno ó dos piés por encima de las cabezas de la multitud. En las ventanas de las casas aparecían de cuando en cuando algunas cabezas que se retiraban al ver que aun no se había dado comienzo al espectáculo; contando las crónicas que una anciana mostró su apergaminado semblante en una bohardilla de la torre situada en uno de los rincones de la plaza de donde es fama que la rei-

(1) Plaza pública de Paris, situada á orillas del Sena, donde se ejecutaron las sentencias de muerte hasta 1830.

na Margarita contempló el suplicio de la Mole y de Coconas: ¡cambio desastroso de una bella reina en fea bruja! Un niño, haciendo inauditos esfuerzos, se encaramó á la cruz de piedra colocada al borde del declive que conduce al rio, y pasando los brazos por encima del travesaño y cruzando las piernas al rededor del tronco, se suspendió en posicion tan incómoda como la del mal ladron, posicion que, sin embargo, no hubiera abandonado por una torta ó un pastel de manzanas. Desde allí, descubria con todos sus interesantes detalles el catafalco, la rueda que debia torturar al paciente, las cuerdas con que este debia ser atado, la barra preparada para quebrantarle los huesos; cosas todas por cierto dignas de ser examinadas.

Sin embargo si alguno de entre los espectadores se hubiese detenido en estudiar con ojo atento aquella criatura encaramada, hubiera descubierto en la expresion de su semblante otro sentimiento que el de una curiosidad vulgar. No era de ningun modo el feroz incentivo de un suplicio lo que habia conducido allí á aquel jóven sér de curtidas mejillas, grandes ojos rodeados de un oscuro círculo, de luciente dentadura, de larga cabellera negra, cuyas ennegrecidas manos se crispaban sobre el travesaño de piedra, y cuya delicadeza de facciones parecia indicar sexo distinto del que acusaban sus vestidos; pero nadie se fijaba en el rapaz; las cabezas de los espectadores estaban vueltas instintivamente hácia el caldoso ó hácia el muelle por donde debia desembocar el reo.

Entre los grupos aparecian algunos rostros conocidos; una nariz encarnada en mitad de un pálido semblante delataba á Malartic, y por encima del embozo de una capa echada sobre el hombro á la española descubriase una buena parte del perfil de Jaime Lampourde; y aunque llevase el sombrero hundido hasta las cejas, para ocultar la ausencia de la oreja que se llevó la bala del Chispo, no era difícil conocer al Raspado, quien, sentado en un guarda-ruedas, se entretenia en matar el tiempo fumando una descomunal pipa

de Holanda. El Chispo departia con Bocatorcida, y paseándose con ademan peripatético por la escalinata de las Casas Consistoriales, veíanse multitud de parroquianos del *Rabanillo coronado*. La plaza de la Grève donde, más tarde ó más temprano, deben fatalmente venir á parar, ejerce en el ánimo de los asesinos, de los espadachines y de los ladrones una fascinacion particular. Este lugar siniestro, en vez de repelerlos, los atrae. Dan vueltas á su alrededor, hasta que por fin caen en él; sienten un placer al ver la horca de la cual deben ser colgados; contemplan ávidamente la configuracion horrible de esta, y aprenden en los gestos y contorsiones de los pacientes á familiarizarse con la muerte; efecto diametralmente opuesto á la idea de la justicia, que es atemorizar á los homicidas con el espectáculo de los tormentos.

Lo que explica por otra parte la afluencia de tales canallas en los dias de ejecucion, es que el protagonista de la tragedia es siempre un pariente, un conocido, á menudo un cómplice. Vase á ver ahorcar á un primo, enroddar al amigo íntimo, tostar el conocido por cuya mediacion se hacia circular la moneda falsa. Faltar á esta fiesta seria una grosería. Para un condenado es motivo de satisfaccion el ver al rededor de su catafalco un público de fisonomías conocidas. Esto sostiene y reanima, pues no hay quien quiera parecer cobarde delante de los apreciadores del verdadero mérito, y el orgullo acude en auxilio del sufrimiento. Hay quien, así rodeado, muere cual héroe romano, cuando de otro modo entregaria el alma chillando cual mujer si fuese despachado de incógnito en las profundidades de un calabozo.

Dieron las siete; y como la ejecucion no debia tener lugar hasta las ocho, Lampourde, al oír las campanadas, dijo á Malartic:

—¿No te dije que aun nos quedaba tiempo para despachar una botella? pero tú estás siempre impaciente y nervioso. ¿Volvámonos al *Rabanillo coronado*? me aburre estar de planton. Y sobre todo, ¿vale la pena que esperemos tanto

tiempo el ver enrostar á un pobre diablo? este suplicio es insípido, vulgar y comun. Si al ménos fuese algun descuartizamiento por medio de cuatro caballos montados cada uno por un arquero del prebostazgo, algun atenaceamiento con tenazas de hierro candente, alguna aplicacion de pez hirviendo y de plomo derretido, algo ingeniosamente violento y ferozmente doloroso, que hiciese honor á la inventiva del juez ó á la habilidad del bandido, ¡oh! entonces no digo que no. Por amor al arte, me quedaria; pero por tan poca cosa, ¡quita de ahí!

—Asaz injusto te encuentro respecto de la rueda,—respondió sentenciosamente Malartie rascándose la nariz, en aquel momento más encarnada que nunca;—la rueda tiene tambien su atractivo.

—Sobre gustos no se ha escrito. Cada cual tiene el suyo particular, segun dice un célebre autor latino cuyo nombre se me ha olvidado á causa de la costumbre que tengo de no citar otros que los de los más famosos capitanes. La rueda te gusta; conforme, no por esto reniremos. Confiesa, sin embargo, que una degollacion hecha con una hoja damasquina con una ranura llena de azogue en el canto para darle peso, exige buen golpe de vista, vigor y destreza, y ofrece un espectáculo tan noble como atractivo.

—No hay duda que así es, pero eso pasa con la rapidez de un relámpago; y luego la decapitacion está reservada á los nobles, uno de cuyos privilegios es el tajo. Entre los suplicios plebeyos, la rueda lleva ventaja sobre la vulgar horea, buena cuando más para los malhechores subalternos. Agustin es algo más que un simple ladron, y por eso la justicia, al destinarle á la rueda, ha tenido para con él las atenciones que le son debidas.

—Siempre has sido apasionado por Agustin, sin duda á causa de Chiquita, cuyo tipo provocaba tu libertina mirada; no comparto contigo tu admiracion por ese bandido, más á propósito para trabajar en el camino real y en los desfilade-

ros de las montañas, que para operar con la delicadeza debida en el seno de una ciudad civilizada. Ignora por completo las sutilezas del arte; su modo de trabajar es áspero, salvaje, provincial. Al menor obstáculo esgrime el cuchillo y mata vaga y brutalmente. Cortar el nudo gordiano no es deshacerlo, por más que Alejandro dijese lo contrario. Y para que ni su persona ni sus actos revistan nobleza, no lleva espada.

—La especialidad de Agustin es la navaja, la herramienta de su tierra; no ha, como nosotros, hecho retemblar, durante años enteros, el piso de las salas de armas. Pero su género, aparte de la originalidad participa de lo imprevisto y de lo atrevido. Su cuchillada á distancia reúne á la ventaja de la balística la discreta seguridad del arma blanca, pues sin hacer el menor ruido alcanza al atacado á veinte pasos. De veras te digo que siento ver tan pronto interrumpida su carrera, que, dado su valor de leon, prometia ser provechosa.

—Yo,—respondió Lampourde,—soy partidario del método académico. Sin las formas, todo se echa á perder. De mí sé decir que antes de desenvainar la espada doy un golpecito en el hombro de quien ataco y le dejo tiempo de ponerse en guardia para que se defienda si quiere. Es un duelo y no un homicidio. Soy espadachin, no asesino. Es verdad que mi profunda ciencia en la esgrima me asegura la ventaja, y que mi espada es casi infalible; pero conocer á fondo el juego no es entrapar. Como harian otros en mi lugar, una vez tendido exánime el adversario, recojo su bolsa, su reloj y sus alhajas, pues justo es que mi trabajo halle recompensa. Por más que tú pretendas, el manejo del cuchillo me repugna; bueno que se haga uso de él en mitad de un camino y entre gentes de baja ralea.

—Ni á tres tirones te arrancarían de los principios á que estás aferrado; sin embargo convengo en que el capricho no está del todo reñido con el arte.

—Cuando en el capricho hay ingenio, complicación y delicadeza, lo admito; pero esa brutalidad arrebatada y salvaje